

# EL PODER DEL MAGO

Las Sendas de la Profecía II

Carolina Lozano Ruiz



Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título: El Poder del Mago

© 2009 Carolina Lozano Ruiz. Reservados todos los derechos  
© 2009 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Febrero 2009

ISBN: 978-84-92431-87-8

Depósito Legal: M-58968-2008

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Brosmac S.L.

**Editorial ViaMagna**

Gran Vía de Carlos III, 84

Entresuelo 3ª

Barcelona, 08028

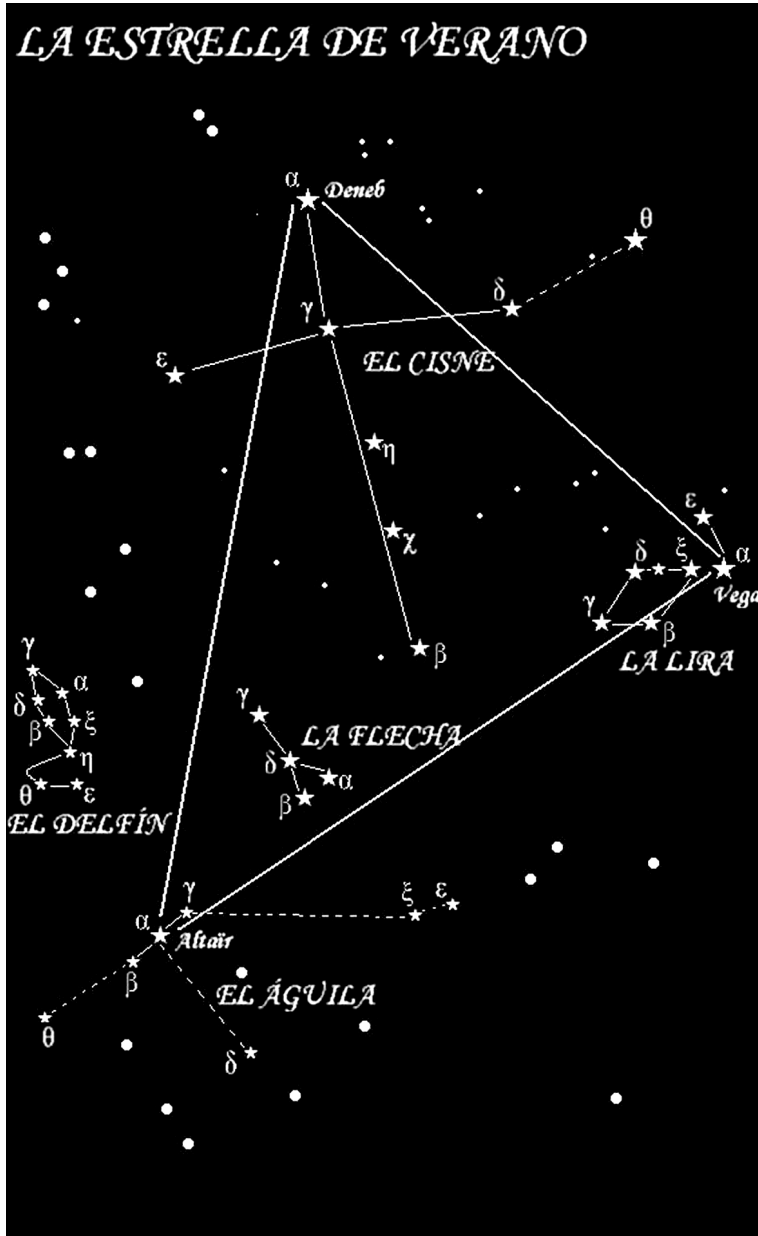
[www.editorialviamagna.com](http://www.editorialviamagna.com)

[email: editorial@editorialviamagna.com](mailto:editorial@editorialviamagna.com)

*A Miriam, mi hermana,  
quien le aporta un color diferente  
a mi visión de la vida.*



# LA ESTRELLA DE VERANO



## INTRODUCCIÓN

Para los habitantes de aquellas aldeas que salpicaban los escarpados parajes del noroeste de Selbast, la aparición del joven noble de las montañas fue motivo de tanta agitación como si les hubiesen dicho que el mismo rey de Arsilon iba a instalarse en los alrededores. El hecho de que el joven jamás se detuviera a hablar con nadie, que tan solo dedicara algún saludo con la cabeza a quien se cruzaba con él mientras cabalgaba en su caballo blanco, no hacía más que aumentar las conjeturas y las fábulas sobre su origen y procedencia. Lo cierto era que su presencia no dejaba indiferente a nadie. Y mucho menos a las muchachas de las aldeas, que suspiraban, y a sus padres, que veían en el misterioso aristócrata un medio de arrancar a sus pequeñas de la pobreza.

Era apuesto, eso era innegable. Tenía los cabellos negros, ondulados, peinados al descuido para enmarcar su rostro de facciones perfectas. Pero no había nada en su porte altivo y elegante tan fascinante como sus ojos, grises como la luna entre la niebla. Unos ojos seguros, profundos y penetrantes que jamás se posaban directamente en nadie.

CAROLINA LOZANO RUIZ

Hasta que lo hicieron en Idaira. La hija del carpintero contaba entonces con diecisiete años y una belleza inusual entre los Bajos humanos. Era el tesoro de su padre, que había quedado viudo. Su único y precioso motivo de orgullo. Sin embargo, cuando el joven noble detuvo inesperadamente el caballo para quedarse mirando a Idaira, el carpintero deseó de pronto que la hermosura de su hija jamás hubiese destacado tanto.

Desde que hablara con Idaira por primera vez, el joven acrecentó la frecuencia de sus visitas a la aldea. A veces dejaba a su caballo pastar libremente para sentarse a hablar con la joven, otras veces tan solo se detenía el tiempo justo para entregarle un ramo de flores nunca vistas en aquel lugar. Dos meses después ya todos felicitaban al carpintero por la buena fortuna de su hija, pero cada vez que alguien le preguntaba cuándo la iba a casar, el artesano sentía que un escalofrío le recorría la espina dorsal. Porque pese a toda la galantería que desplegaba el notable pretendiente de su hija, pese a toda su elegancia, el padre no dejaba de percatarse de que en las miradas que dirigía a Idaira había algo más que amor. Algo que ponía en peligro su vida, algo voraz.

Poco tiempo después, cuando el verano doraba los campos con su luz intensa y cálida, Idaira se acercó a su padre con el paso inseguro y apremiante de quien teme ceder y dar marcha atrás. Su rostro estaba contraído por la angustia, su mirada llena de pena, y se apretaba el chal alrededor del cuello como si el viento se hubiese levantado glacial.

—Padre —dijo con dulzura—, me marchó.

## EL PODER DEL MAGO

Mientras su más arraigado temor se hacía realidad, el carpintero escuchó en silencio cómo su hija le explicaba que se iba con el noble a las montañas, que viviría con él el resto de sus días, que aquello sería, pese a la pena de dejar a su padre, lo que le aportaría la verdadera felicidad. Idaira le hablaba con una sonrisa dulce mientras sus ojos se anegaban en lágrimas.

—Seré feliz, padre. Muy feliz... mientras viva.

El carpintero, tembloroso, no pudo hacer otra cosa que permitirle marchar. La vio subir al hermoso caballo blanco mientras el instinto le decía que, si la dejaba alejarse, no volvería a verla jamás.

Idaira nunca volvió, y el apuesto noble tampoco cabalgó de nuevo por las afueras de la aldea. Y el paso del tiempo, poco a poco, suavizó la pena del solitario carpintero y atenuó la sensación de que algo extraño y sombrío, maligno, había perturbado su vida.

Quince años después, cuando ya nadie recordaba que un joven misterioso se había llevado a la bella hija del carpintero, los chismorreos volvieron a todas las aldeas vecinas. ¿Quién era aquella hermosa mujer a quien se veía cabalgar a veces por el bosque? ¿Era un espíritu, una elfa, o era una doncella de verdad, salida de algún lejano castillo? El día en que la joven llegó a su aldea, el viejo artesano sintió que su corazón se desgarraba como si alguien le hubiese clavado un puñal. Aquella joven de porte altivo que montaba un caballo blanco era el ser más hermoso que jamás hubiera visto, pero le provocó un estremecimiento de pánico. Ella tenía unos cabellos negros, largos, que hacían destacar la nívea palidez de su rostro de alabastro. Sus



CAROLINA LOZANO RUIZ

manos finas acariciaban con placer las crines del caballo mientras se mantenía ajena a la fascinación que despertaba a su alrededor.

Solo la mirada de uno de los aldeanos consiguió despertar su curiosidad. Cuando la joven posó en él sus ojos grandes y grises como la luz de la luna llena, ya nada hizo dudar al carpintero de que veía en ella algo aterradoramente familiar. Se sintió clavado en el suelo mientras la mujer se le acercaba, despacio y sonriente.

—¿Por qué me miras de esa forma, carpintero? —le preguntó desde lo alto de su caballo blanco—. No me admiras como lo hacen todos, tus sentimientos van mucho más allá. Siento turbulencia y agitación en los latidos de tu pecho.

—Me recordáis a alguien a quien conocí hace ya mucho tiempo, señora —respondió el hombre—. Alguien cuyo recuerdo nunca se borrará de mi corazón desgarrado.

—¡Ah, entiendo! —dijo la joven esbozando una sonrisa inquietante en sus labios encarnados—. Entonces debiste conocer a mi querido hermano pequeño.

—¿Vuestro hermano menor, señora? —repitió el carpintero, preso de nuevo de aquel temor ya olvidado—. Vos sois muy joven, y él también lo era cuando lo conocí. Y de eso hace ya mucho tiempo.

Pero la joven ya no lo escuchaba. Su mirada penetrante se había posado en Brandon, el joven escultor del pueblo, que como cada tarde estaba sentado a la puerta del taller modelando una figurita de alabastro. Sintiendo que la fatalidad rondaba de nuevo en torno a su pequeño mundo, el carpintero vio impotente cómo la dama se acer-

## EL PODER DEL MAGO

caba hasta él para admirar su obra. Minutos después el escultor le regalaba su figurita, y poco más tarde le hacía entrega de su corazón. Pasadas solo unas semanas, también Brandon desaparecía de la aldea sin dejar rastro.

Empujado por el dolor y la necesidad de saber, consciente de ser el único que veía la presencia del mal en aquellas desapariciones, el viejo carpintero hizo un macuto con unas pocas provisiones, se calzó las botas de piel y se lanzó a recorrer las montañas. Tras buscar durante días, descubrió un fastuoso e imponente castillo, solitario, encaramado a un precipicio como un dragón que observara el mundo. Celebrando y temiendo a la vez su éxito, despojado por el apremio de toda prudencia, el carpintero se acercó a las grandes verjas que servían de entrada a aquel recinto inmenso. Allí, agarrado a los barrotes de la verja, el viejo tallador sintió que todo su mundo se venía abajo. Porque a lo lejos, entre los macizos de flores que se extendían al otro lado del jardín, estaba el mismo joven noble que una vez se había llevado a su Idaira. El mismo cuerpo esbelto y atlético, los mismos cabellos negros, los mismos ojos penetrantes y grises como luna entre la niebla. Simplemente, el joven no había cambiado nada en aquellos quince años.

Como si hubiese advertido su presencia, el aristócrata levantó la mirada hacia él. Aún desde lejos, aterrado, el viejo carpintero pudo ver que en aquel rostro hermoso se dibujaba una vaga expresión de reconocimiento. El intercambio de miradas duró unos pocos segundos, porque el carpintero, sabiéndose descubierto por el mismo maligno, había echado a correr montaña abajo.

—Nunca volví a verlo —dijo el anciano carpintero que, treinta años después, aún temía que una noche fría aquel ser viniera a buscarlo—. No volvió por aquí jamás, pero estoy seguro de que sigue viviendo en lo alto de aquella montaña, joven todavía. Por eso no deberíais permanecer en este lugar, hermosa dama. Vuestra vida peligraría si os viese. Si os viese él, o su hermana.

Eyrien, ilusionada para parecer una Alta humana, se abstuvo de comentarle al anciano humano que ella ya conocía a aquel supuesto noble. Bajó la mirada a la madera desgastada de las escaleras del modesto porche en que estaba sentada. Se sentía presa de una mezcla de fascinación y temor, pues al fin, tras dos meses de infructuosa búsqueda, sabía ya dónde encontrar el castillo de Ashzar. Solo esperaba que su hermana tampoco estuviese en casa.

# 1

## EL PACIENTE DE QUERSIA

El mismo atardecer en que Eyrien escuchaba la historia de un anciano triste de Selbast, en la capital de Quersia se vivía un regocijo que hacía semanas que no se conocía. Al fin, tras mucho luchar contra lo desconocido, habían conseguido arrancar a su inesperado paciente de las garras de la muerte. Pero para River, que despertaba de un largo sueño en el que no recordaba haberse sumido, la pesadilla empezaba ahora. Su existencia se había convertido en una tortura continua. Aún pasaron días hasta que fue capaz de mover algún músculo sin gritar de dolor. Cuando su mente pudo pensar en algo más que no fuese el sufrimiento que invadía su cuerpo, fue consciente de que generalmente no estaba solo en la oscuridad; siempre había una mano cálida sobre la suya mientras él rogaba a sus cuidadores que lo mataran y acabaran con su padecimiento. Pero no era la mano de Eyrien, y sus cuidadores no escuchaban las súplicas.

Después, muy lentamente, el dolor fue remitiendo a regañadientes. Cuando River pudo abrir los ojos vio que

CAROLINA LOZANO RUIZ

eran elfos verdes de los Bosques, los que le llevaban las tisanas que hacían flotar en el aire de la habitación como Tristan había hecho con la Dama de Siarta. Algunos días más tarde los elfos quersianos empezaron a hacerle preguntas retorcidas y peticiones extrañas, como exigirle que dijera mentiras o que se concentrara en las auras de la habitación. Le acercaron llamas y piedras y abrieron las ventanas para que pudiera ver las estrellas. Finalmente le colgaron una piedra verde sobre el pecho. Tras recuperar el control de las manos, River se la acercó a los ojos para descubrir que era algo parecido a una esmeralda, tallada en forma de una estrella llameante. No entendía lo que sucedía, y nadie se lo explicaba. Pero lo que más preocupaba a River era que a cada nueva pregunta respondida, a cada nueva prueba realizada, el hermoso rostro de los elfos de Quersis se volvía más sombrío.

Pasó un mes antes de que River pudiera mover el cuerpo entero a su voluntad, o pudiera permanecer varias horas despierto. Fue entonces cuando sus silenciosos cuidadores le presentaron a Elhania, la elfa que había permanecido a su lado cuando su vida peligraba. Elhania era una Elfa de la Noche, de aspecto antiguo y majestuoso, una vistosa extranjera entre los elfos silvanos de Quersia. Se parecía poco a éstos; mientras que los elfos de cabellos y rasgos verdes eran sosegados pero alegres, versátiles pero imperturbables como los bosques que habitaban, la elfa de Siarta parecía distante y etérea como las estrellas que la alimentaban. Su belleza, como la de Eyrien, estaba teñida de peligrosidad, la fuerza de su mente parecía emerger de ella como una advertencia que contradecía su aparente fra-

gilidad. Y Umbra, el jaguar inmortal de Eyrien, siempre estaba con ella; dos seres apacibles, pero peligrosos en extremo. Era amable, su sonrisa sincera, y su agradecimiento hacia él eterno, aseguró, por haber salvado a la Dama Eyrien de Ashzar. Dos veces lo visitó Elhania antes de considerarlo restablecido para hablarle de sí mismo. Y lo que escuchó River entonces, le habría parecido imposible si no supiese que la elfa no podía mentir.

—Me temo que aunque por fuera puedas notarlo poco, has cambiado mucho por dentro, River de la Casa de los Tres Elfos —le dijo Elhania, sentada en una silla baja al fondo de su casa de Quersis que, como todas las demás, era una primorosa construcción circular de madera y lianas que desde fuera se diferenciaba poco de los árboles que la rodeaban—. Hace mucho tiempo, cuando elfos y humanos convivíamos en armonía, era una costumbre no del todo inaudita que los elfos empleáramos la magia antigua si queríamos enseñaros algo particularmente rápido. Se trataba de despertar la memoria genética élfica de los humanos.

—Lo sé —dijo River, sentado frente a ella en el suelo cubierto de alfombras; estaba harto de la cama—. Eyrien me aplicó esa tortura para enseñarme el hechizo de impermeabilización...

Sintió un escalofrío que le recorrió como hielo por la espalda. Recordaba el dolor que había sentido cuando Eyrien lo había conjurado, la opinión de la elfa sobre que eso no debía hacerse nunca más a gran escala, su propio comentario de que si le aplicaban esa magia más intensamente no sobreviviría para contarlo.

—Siento decir que algunos de los nuestros se aficionaron a los experimentos en la antigüedad —dijo El-

CAROLINA LOZANO RUIZ

hania tras mirarlo de una forma que River no supo descifrar—. Por fortuna hace tiempo que esa práctica se olvidó, pues era poco natural y doloroso despertar la memoria élfica de los humanos que descendían de los feéricos, y algunos murieron.

—Dioses, eso es lo que me han hecho, ¿verdad? —le preguntó a Elhania—. Me han... ¿sometido a un experimento? ¿Han modificado mi memoria genética?

La elfa de Siarta admitió que no sabía asegurarlo, pues hacía dos mil años que los elfos consideraban inmorales aquellas prácticas. Además los registros de los Tiempos Antiguos se habían perdido en el incendio de la biblioteca de Siarta hacía mil doscientos años, y no habían podido valerse de la experiencia anterior. Y sin embargo, tras salvarlo de la muerte, eran muchas las cosas que los sanadores quersianos habían averiguado y que apuntaban en esa dirección. River recordó entonces que sus sanadores no habían parecido nada contentos con sus averiguaciones.

—Creemos que tu memoria élfica ha despertado completamente, aunque a un precio alto —siguió diciendo Elhania con los ojos grandes y azules fijos en los suyos—. Nos costó mucho esfuerzo apartarte de la muerte, River. Sufriste mucho. Y no sabíamos cuál era tu esencia élfica para poder alimentarte con ella. Tu madre venía de una saga cuyo ancestro fue un elfo de Greisan, pero como sucede en tu raza, su influencia fue anulada por la herencia de la saga de tu padre, que era más fuerte. Tu estirpe paterna tenía tres antecesores élficos. Eso nos dejaba tres posibilidades: que tu esencia fuera ígnea, estelar o mineral.

Observándole día y noche, los elfos de Quersis habían descubierto que su esencia mágica vital no era siar-

## EL PODER DEL MAGO

tana, puesto que por la noche su estado no mejoraba, ni ígnea, pues el fuego cercano no había podido reavivarlo. Eso les dejaba con la última e ilimitada posibilidad de una esencia mineral heredada de su ancestro de las Rocas.

—Había millares de gemas posibles —rememoró Elhania—, pero nos basamos en el color de tus ojos para decantarnos por las piedras verdes. Pensamos en la esmeralda y en el crisoberilo, pero fue cuando pusimos a tu alcance una gema de peridoto cuando empezaste a revivir de nuevo.

River cogió la gema que le colgaba del cuello y la miró.

—No te separes nunca de ella, River —le aconsejó Elhania con voz suave—. El peridoto no abunda en el mundo exterior.

El saber que su esencia vital dependía ahora de una gema verde y traslúcida no fue el mayor ni el más raro de los descubrimientos de River. Con otros experimentos que prefirió no conocer, sus cuidadores habían concluido que mientras que su esencia vital era greisiana, su respuesta corporal era ígnea y su poder mental, siartano. Las dos primeras herencias eran bastante evidentes, pues sus ojos brillaban ahora en un tono verde muy intenso, antinatural en un humano por Alto que fuera, y el fuego no lo quemaba. Respecto a su herencia de la Noche, Elhania le dijo que descubriría su potencial con el tiempo.

—¿Y cómo sabéis entonces que mi poder mental es siartano? —le preguntó River, a quien no le importaba nada que su capacidad mágica fuera la de los más grandes de entre los elfos; para algo bueno había tenido que servir tanto sufrimiento.



CAROLINA LOZANO RUIZ

—Por tu nueva forma de articular tus pensamientos —dijo Elhania—. Hemos comprobado que puedes hablar en todos los dialectos élficos, y esa capacidad de comprensión solo la tenemos los Hijos de la Noche.

River se quedó de piedra. La mayoría de los elfos hablaban en élfico común, la primera forma de su lenguaje, para entenderse y evitar que los miembros de las otras razas conociesen sus dialectos y los conjuros propios de su raza, reminiscencia de las antiguas desconfianzas entre ellos. Aunque como había dicho Elhania, la raza de Siarta podía entender todos los dialectos de forma natural; eso era lo que los hacía tan poderosos. River ni siquiera se había dado cuenta de que estaba hablando en otro idioma que el humano, pero ahora descubría que conocía el nombre feérico de todas las cosas de la habitación, de que podía ordenarle a la magia que efectuase cualquier acción, ya fuese un conjuro de naturaleza fría, neutra o cálida.

—Pero eso no es todo, River —dijo Elhania devolviéndolo a la realidad—. Sabemos que aún puedes decir mentiras y que no empatizas con los demás como hacemos los feéricos, así que no sientes como un elfo. No tendrás nuestra comprensión, nuestra responsabilidad ni nuestra moderación. Y aún hay otra cosa... ahora eres inmune a las enfermedades humanas, lo hemos comprobado. Eso quiere decir que tu cuerpo puede haberse adaptado a tu nueva esencia.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó River con un cosquilleo en el estómago; hasta ahora le habían gustado sus descubrimientos.

—Que ya no envejeces tan rápido como antes, River. Los más antiguos de nosotros aún recuerdan el

## EL PODER DEL MAGO

tiempo en que a algunos humanos se les despertaba la memoria feérica. Parece que solían vivir más tiempo.

—¿Cuánto tiempo voy a vivir? —preguntó River con un hilo de voz.

—No lo sabemos. Pero a juzgar por la profundidad de tu cambio, es posible que quinientos años. Quizás más. Pero no lo sabemos, River. Eres único.

River sintió un zumbido en los oídos y empezó a ver borroso mientras asimilaba las palabras de Elhania. Habían calculado que puesto que había cumplido los veinticinco años humanos mientras convalecía, ahora tenía unos doscientos sesenta y cuatro años élficos, y que sería mejor para él empezar a computar el paso del tiempo en esos términos feéricos. Pero River solo le prestó atención a medias, a él lo que le importaba era que, si la elfa estaba en lo cierto, vería morir a Ian, a Killian, y a todos sus conocidos. Durante generaciones.

—Para muchos serás el más Alto humano que habrá existido jamás —dijo la elfa con dulzura—. Para otros un arma para utilizar, o un enemigo peligroso. Pero para muchos de los míos seguirás siendo River, quien salvó a la Dama Eyrien de la ambición de un vampiro.

—¿Y para los demás? —dijo River, recordando la expresión de algunos de los elfos quersianos.

—¿Ves? —dijo Elhania con una sonrisa—. Ya te has vuelto más perspicaz —suspiró—. Lamentablemente no hay marcha atrás, no es un cambio que pueda deshacerse. Pero trataremos de encontrar a quien te ha hecho esto, River. Y averiguaremos el porqué.

¿Por qué?, se preguntó River también mientras la elfa siartana se iba para dejarlo meditar a solas. ¿Por qué?.

CAROLINA LOZANO RUIZ

No recordaba nada, salvo haber acampado con los elfos de Islandis después de haber abandonado Senstrist. Aquel hilo de pensamientos le hizo pensar en Eyrien. No pudo evitar preguntarse con un nudo en el estómago qué pensaría ella al respecto. Poco más tarde se dio cuenta de que Elhania no había respondido a su pregunta sobre qué opinaban los otros elfos que no lo veían ya como el héroe que había salvado a la Dama de Siarta. Se estremeció de miedo.

—Han localizado a Eyrien. Está al Sur, pero no tardará en acercarse hasta Quersia. ¿No te alegras? —dijo Negander—. Parece ser que el ícubo vive en un lugar apartado de Selbast, en un castillo rodeado de jardines y bosques encaramado en lo alto de un precipicio. Eyrien asegura que Ashzar tiene una hermana, pero el castillo estaba vacío. Encontraron otra espada desafilada, aunque no supieron decir lo que eso significaba. También hallaron un bonito cementerio lleno de tumbas, pero no fueron capaces de averiguar si había algún elfo enterrado allí porque las lápidas no tenían inscrito ningún nombre. Espeluznante, ¿no crees? Pero no encontraron ninguna pista del papel del vampiro en todo esto y ya vuelven a casa; ahora todo vuelve a la normalidad, al menos por un tiempo. Esta vez Eyrien solo se ha ausentado algo menos de cuatro meses y sabíamos dónde estaba. No ha sido como la otra vez —murmuró Negander.

River estaba sentado en uno de los muchos bancos de reposo que salpicaban el bosque ciudad de Quersis. A su lado se encontraba Negander, el hijo de los señores de

## EL PODER DEL MAGO

Quersia, un elfo joven de doscientos veinticinco años en quien River había encontrado un buen amigo que lo había ayudado a sobrellevar su convalecencia. El heredero de Quersia, como la mayoría de los elfos, jamás había salido de los territorios feéricos, y sentía tanta curiosidad por River como él por el elfo. Había transcurrido otro mes desde que Elhania le había revelado su nueva condición, y River había pasado por las más diversas emociones. Se había sumido en un estado de confusión y desesperanza de la que se había tenido que recuperar tanto como de su debilidad corporal, pero del elfo de Quersia, quien parecía no tener reparos en hablar con un humano que ya no lo era, había aprendido a ver el lado positivo de la vida. Negander tenía la misma edad que Eyrien, aunque era mucho más jovial, y más alegre que la Elfa de la Noche.

—¿Qué pasó la “otra vez”? —preguntó finalmente, tratando de ocultar sus emociones ante el hecho de que Eyrien estuviera cada vez más cerca.

Antes de que acabara de hablar, Umbra salió de la espesura con silenciosa agilidad y lo miró fijamente. Se acercó hasta River, se restregó contra sus piernas y se sentó a su lado como una esfinge de obsidiana. Al Mago su presencia le resultaba tranquilizadora, porque a través de la salud del jaguar podía saber que Eyrien estaba bien. Eso y la espada del vampiro, cuyo filo comprobaba cada mañana para asegurarse de que seguía desafilada.

—Pues la otra vez que Eyrien desapareció —le explicó Negander—, estuvo ilocalizable durante tres años. Fue después de la Alianza Negra. Tus padres murieron y fue muy duro para ella; necesitó alejarse un tiempo. Se fue a

CAROLINA LOZANO RUIZ

visitar a los Elfos del Agua, al Largo Mar, pero cuando estaba allí ella e Ynia de Casa del Mar se fueron sin más. Sin avisar, sin decir a dónde iban ni por qué. Eyrien quería alejarse del mundo y lo hizo, aunque creo que Subinion sabía dónde estaban ambas. Phyros de Vulcania, el heredero de los elfos ígneos, se topó con ellas tres años después en un sitio que no ha trascendido, puedes imaginarte que no sería un lugar muy apropiado para dos elfas nobles —Negander alzó las cejas—. Phyros las reprendió y las envió a casa, y Eyrien retomó sus actividades en la Alianza. Fue una suerte que las encontrara, todos echábamos de menos a Eyrien. La Dama ha llegado a hacerse muy necesaria, pues es el único contacto directo con Subinion y Siarta. Pero esta vez Eriesh estaba con ella, no la hubiese dejado alejarse mucho tiempo. Y en pocos días, estará entre nosotros de nuevo. ¿No te alegras?

Se alegraba, pero también estaba asustado.

Aquella noche, protegido en su cabaña del viento ya frío de finales de noviembre, a River le costó conciliar el sueño y se despertó angustiado. La luz de la mañana no lo había tranquilizado, y le asustaba pensar lo que podría decir la Dama de Siarta cuando descubriera cuál era su nuevo estado. Permaneció tumbado, y se fue poniendo nervioso. Imaginaba a Eyrien, mientras jugueteaba con una liana que colgaba suelta de la pared vegetal de la cabaña, mirándolo horrorizada, diciendo que se había convertido en una cosa extraña, apartándose para siempre de él. Teniendo así una eternidad para sufrir su distanciamiento. De pronto Umbra, que había dormido en la alfombra de musgo de su cabaña, rugió y se lanzó sobre él.

—¿Qué...?

Entonces olió el fuego. Sin saber cómo, había incendiado la liana con la que jugueteaba y toda la pared por encima de él estaba ya en llamas. Si no se había dado cuenta, si no se había chamuscado nada más que la manga de la camisa, era porque las llamas no podían dañarlo gracias a su esencia corporal ígnea. Pero la cabaña estaba hecha de madera y lianas. Se levantó rápidamente de la cama y buscó desesperado algo con lo que apagar el fuego a su alrededor.

—Quizás con un poco de aire —murmuró nervioso.

El conjuro le brotó de las manos de repente y la brisa extendió aún más las llamas. Negander apareció en la puerta, atraído por el humo, cuando ya media cabaña estaba ardiendo. Abrió mucho sus ojos verdes, pero enseñuida levantó las manos, murmuró “humedad” en el dialecto de Quersis y el aire se hizo mucho más húmedo, hasta que las gotitas de agua en suspensión fueron extinguiendo el fuego. Cubierto de perlas de humedad, River miró entre el humo a Negander y a los demás elfos quersianos que habían aparecido en la puerta y miraban a su alrededor con gesto grave.

—Lo siento muchísimo —dijo—. Ahora ya sé lanzar el conjuro que ha usado Negander, no dejaré que esto vuelva a pasar.

Negander fue el único que se rió, y pese a que trató de quitarle importancia al asunto, River no dejó de notar que los demás elfos quersianos parecían preocupados. Por la tarde, nervioso y sintiéndose culpable, fue a visitar a Elhania.

—Me alegro de que hayas venido, porque tenemos que hablar de algo.

CAROLINA LOZANO RUIZ

—Siento muchísimo haber quemado la cabaña —se disculpó River por enésima vez.

—Ah, eso —dijo Elhania, y sonrió compasiva—. No te preocupes, todos saben que no lo has hecho a propósito. Pero a los elfos de Quersis no les gusta el fuego, es su peor enemigo. Que les hayas dicho que ya conoces el conjuro que usó Negander tampoco ayuda mucho, pues ahora saben que podrías conocer todos los secretos mágicos de su raza. De cualquiera. Se han asustado. Pero no era de eso de lo que quería hablarte. Hijo de la Casa de los Tres Elfos, se te ha concedido un honor que ningún humano ha recibido en siglos.

River sintió un escalofrío; era el segundo honor especial que se le concedía, y aún ni siquiera se había re-  
puesto del primero.

—El Señor Subinion desea conocerte. Te ha invitado a mi hogar, a Siarta.

Elhania le dedicó una sonrisa cuando la miró boquiabierto. Hasta hacía unos meses no había visto jamás a un elfo, y ahora iba a abandonar Quersis para dirigirse nada menos que a Siarta.

—Es un honor que no merezco —dijo River cuando se recuperó de la sorpresa; ni siquiera el rey Ian había conocido en persona a Subinion de Siarta. Ningún humano había puesto el pie en la ciudad imperial de los Elfos de la Noche—. ¿Y cómo iré hasta allí? ¿Vendrá Eyrien conmigo?

Elhania lo miró fijamente. A los elfos no les gustaban las preguntas, y él acababa de hacerle tres. Por suerte ella se tomaba las impertinencias con más paciencia que la Dama de Siarta.

## EL PODER DEL MAGO

—Si lo mereces o no es algo que solo decide Subinon, River —dijo—. En segundo lugar, necesitarás a Procyon para ir hasta allí. Respecto a tu tercera pregunta, Eyrien se encontrará contigo directamente en Siarta. Y antes de que me lo preguntes, Procyon es una estrella de tipo espectral que se sitúa en la constelación del Can Mayor —añadió la Elfa de la Noche sonriendo—. Pero también llamamos así al pegaso hermano de Elarha, que ha tenido la amabilidad de acudir a mi llamada y acceder a acompañarte a Siarta. Prepárate, partirás mañana.

River supo que no podría prepararse en una noche para aquella experiencia. Era el primer humano que iba a ver a Subinon de Siarta en muchos siglos, y era consciente de la importancia política que podía tener un acontecimiento como aquel para Arsilon en aquellos tiempos de guerra. Además no podía evitar tener la sensación de que los elfos de Quersis se lo estaban quitando de encima por lo que había sucedido con la cabaña, y que iba a someterse directamente a un juicio. Nadie le había vuelto a hablar de la idea de que fuera a Greisan para entrenarse con los elfos de Islandis.

Se alegró de ver que Negander lo esperaba frente a la preciosa cabaña, ahora algo chamuscada, que él había ocupado desde hacía casi dos meses como si fuera su casa. El joven elfo lo esperaba expectante, los ojos verdes brillantes, y parecía sinceramente contento.

—Estoy emocionado ante la idea de que te hayan invitado a Siarta —dijo—. ¿Tú no?

—Sí. Pero no sé por qué, creo que a Eyrien no le hará mucha gracia esa invitación —reconoció River—. Tengo la sensación de que me estáis echando de aquí por lo de la cabaña.



CAROLINA LOZANO RUIZ

Negander se puso serio. Se sentó en el escalón de la entrada a la cabaña.

—Algunos de los míos, como en todas las razas, piensan que jamás deberíamos haberles entregado la magia a los humanos. Tú tienes mucho poder ahora, y sienten temor. Y respecto a Eyrien, tienes que recordar que ella fue una acólita de los Sabios. Su mente funciona de otra manera. Pero no temas, te seguirá hacia el Norte en seguida y se alegrará de verte y de volver a casa, le encanta Siarta —lo miró a los ojos—. Seguro que también te gustará a ti, River. Siarta es bella.

River sonrió agradecido, no le dijo que lo que temía era que a Siarta no le gustara él.

—Te echaré de menos —le dijo sinceramente al elfo—. Y a Elhania, y a Umbra.

Negander sonrió, y antes de despedirse le aseguró que en él tendría siempre a un amigo. River subió a lomos del poderoso animal dorado, Procyon, que había aparecido frente a la puerta de su cabaña por la mañana, y no pudo dejar de sentirse emocionado ante la aventura que le esperaba. Aunque también se sintió un poco preocupado, porque aquel viaje lo alejaba del mundo de ensueño en el que había vivido hasta aquel momento en el recóndito hogar de los Elfos de los Bosques. Quersis era un reducto de paz, pero en el mundo real acechaba el peligro.

Y mientras River preparaba el viaje más memorable de su vida hacia la mítica Siarta, aquella misma noche en Arsilon, el príncipe Killian estudiaba historia.

## EL PODER DEL MAGO

El rey Ian encontró a su sobrino en una de las Salas de Legajos de la gran biblioteca del castillo. Allí se acumulaban manuscritos cuyo color amarillento delataba su antigüedad; solo las mesas y las velas de cera, brillantes y limpias, permitían adivinar que allí dentro también se vivía en el siglo actual. Killian estaba sentado solo en un escritorio, con una pequeña pila de manuscritos delante. Vestía impecablemente con los colores gris y blanco de Arsilon, como siempre, pero parecía cansado e incluso intranquilo, una actitud rara en él. Se había pasado tantas veces la mano por la frente que el cabello de color avellana le caía desordenado sobre los ojos fatigados. Cuando oyó a su tío levantó una mirada desmoralizada hacia él.

—Ya he leído los Estatutos de los Magos —dijo poniendo una mano sobre el montón de legajos—. Parece mentira que estén por encima incluso del rey de Arsilon. ¿Desde cuándo son tan especiales los Altos humanos para tener semejante prerrogativas sobre nosotros?

—Precisamente desde la antigüedad, hijo —dijo Ian sentándose a su lado; los últimos meses le habían añadido más arrugas en la frente que todos los años anteriores—. Hace tiempo, cuando aún no se habían ganado la antipatía de los elfos, los Altos humanos eran más numerosos, muy importantes y bastante justos y moderados. Por aquel tiempo los propios elfos les enseñaban a usar la magia con rectitud y moralidad. Y no nos importaba que ellos dirigieran los reinos humanos, porque eran poderosos y tenían el favor de los feéricos. Fue después de provocar las Guerras de Magia y que los elfos se alejaran de ellos cuando se vol-

CAROLINA LOZANO RUIZ

vieron arrogantes y envidiosos. Pero los Estatutos que se redactaron entonces siguen siendo igual de válidos.

—¿Entonces no puedes hacer nada, tío? —le preguntó Killian mesándose los cabellos otra vez.

—Me temo que no —dijo Ian con pesar—. El Consejo de Magos se ha reunido bajo mi propio techo, pero ni siquiera el rey de Arsilon puede impedirles llevar a cabo semejante necedad. Si conozco algo a Eyrien, sé que se enfadará mucho. Pero no creo que se deje llevar por la afrenta. Ha trabajado y sacrificado mucho por la paz como para tirarla ahora por tierra.

—Espero que tengas razón. Además el pueblo ya habla —dijo Killian con vehemencia—. Los nuestros temen que los Magos vuelvan a airar a los elfos y que lo paguemos todos. Están convencidos de que todo esto no es más que una excusa para verter al fin sobre los elfos la ira y los reproches que los Altos humanos se han estado guardando tanto tiempo. Si no conociera a algunos Magos decentes, como River, como Arla de Udrian y el viejo Hedar, y Ennia...

—Por cierto —lo interrumpió Ian—, hemos recibido noticias de Quersia.

La expresión de Killian se iluminó y volvió a eruirse en la silla.

—¿Está ya River en camino? Tengo ganas de verle después de... bueno...

—Está en camino, pero no hacia aquí —respondió Ian—. Estará volando hacia Siarta, el Señor Subinion lo ha invitado personalmente. Quizás incluso ya esté allí.

Killian miró perplejo a su tío, hasta que estuvo seguro de que no bromeaba. Entonces la repercusión de aquella visita de River a Siarta se abrió paso en su mente positiva.

—¿Pero eso es estupendo, no? —dijo aliviado—. River podrá demostrar al Señor de los Elfos que no todos los Magos se han vuelto locos de remate. Y Subinion se dará cuenta de que los Sabios se han equivocado con esa estúpida profecía sobre nosotros.

—Claro —dijo Ian.

No compartió con Killian la duda que lo inquietaba, pues a su parecer Subinion podía haber invitado a River a su elitista y recóndito hogar por dos motivos: o quería conocerlo y agradecerle que hubiera salvado a su hija, o quería tantearlo para comprobar hasta qué punto se había vuelto un peligro más acuciante respecto al cumplimiento de la Profecía. Según lo que les había explicado el legado que había venido desde Quersis, River era ahora un ser extraño y convaleciente, pero poderoso. Los había exhortado en nombre de los Señores de Quersia a guardar aquel asunto en secreto hasta que Siarta pudiera opinar al respecto. Y parecía claro que Subinion estaba dispuesto a opinar.

«Suerte, River, hijo mío», le deseó Ian íntimamente antes de volver a concentrarse, a su pesar, en los problemas que tenía delante. Aquella noche, como las anteriores, prometía ser larga y sin sueño.